

# *Democracia socialista*

Santos Juliá, El País, 15/02/1998

Los socialistas sólo cuentan en España con una experiencia de llegada en solitario al poder. Fue en 1982, en condiciones harto singulares e irrepetibles. Por su izquierda, el PCE se hallaba sumido en el mayor de los desconciertos mientras que, a su derecha, UCD se derrumbaba y Alianza Popular pugnaba por llevarse un trozo de la tarta centrista. Mientras esto ocurría a sus adversarios, el PSOE reforzaba su unidad y disciplina en torno a un líder que había conseguido transmitir al público la expectativa de un cambio sin sobresaltos. Los contenidos específicos del programa socialista, lo que fueran a hacer con la economía, la salud, las autonomías o las Fuerzas Armadas importaba entonces mucho menos que esa expectativa de renovación sin aventuras de la vida política.

Luego, el PSOE fue sobre todo experto en renovar el mandato para mantenerse en el poder. Estabilizada la democracia, alejado el peligro involucionista, incorporada España a Europa, reforzado el Estado de bienestar -cuatro logros ciertamente históricos de los primeros gobiernos presididos por Felipe González-, los socialistas se limitaron a repetir en las siguientes confrontaciones electorales la fórmula que les llevó por vez primera al Gobierno: disciplina y liderazgo; un partido, un líder. El eficaz instrumento para asentar un Estado que acababa de atravesar periodos turbulentos se convirtió en permanente receta de ganar elecciones: con asegurar la imagen del partido unido y con seguir el dictado de González, el éxito estaba garantizado.

Y lo habría estado de forma indefinida si doblado el cabo de los años ochenta no hubiera estallado la ristra de escándalos que salpica todavía hoy la vida política. No es cuestión de repetirlos una vez más, pero sí de constatar un hecho: la brillante fórmula de llegar en solitario al Gobierno y mantenerse en él encerraba, como los personajes del cine negro americano, su lado oscuro. Los escándalos no fueron cosa de cuatro golfos ni de cinco sinvergüenzas. Fueron por el contrario el efecto predecible de una fórmula que, si estabilizó el Gobierno y reforzó el Estado, ahogó la vida política. No sólo no la renovó ni la cambió, sino que la asfixió y

la corrompió al reproducir en todos los campos en que la sociedad se imbrica con el Estado la misma receta que había servido para regir las relaciones del partido con el Gobierno.

De ahí surgieron los demás problemas. El largo periodo socialista dejó un Estado fortalecido pero una política deteriorada al menos en dos aspectos fundamentales: la exclusión de cualquier atisbo de democracia en la organización interna de los partidos, si por tal se entiende la posibilidad real de competir por su dirección; y -con la ayuda de la ley electoral- el repliegue sobre sí misma de una clase política que debe más al favor de la dirección que al voto ciudadano el puesto en la candidatura. En esa clase política que se considera menos representante de la ciudadanía que mandataria del partido y que percibe la sociedad como territorio de caza es donde surgieron las patologías desarrolladas bajo los gobiernos socialistas y multiplicadas desde la llegada de los populares, que a este respecto resultaron ser discípulos aventajados.

Democratizar la vida de su partido y romper el cerco que aísla y protege a los políticos de la sociedad, más que elaborar un precioso diseño de país o un ilusionante proyecto de futuro, es el difícil trabajo que los socialistas tienen por delante. Las elecciones primarias se anuncian como un paso en esa dirección, pero si ese paso se diera con tanta cautela que al final todo quedase en candidatos únicos obligados a solicitar el refrendo de las bases, asistiremos a una perversión más refinada del procedimiento democrático. De que ese paso, si finalmente se da, se dé sin trucos, va a depender que los socialistas inicien con buen pie la esforzada tarea de recuperar el crédito dilapidado no tanto por un mal Gobierno como por una decepcionante política.

## *¿Quién teme a las primarias?*

Santos Juliá, El País, 22/03/1998

En menudo lío se han metido los socialistas con su iniciativa de convocar elecciones para la designación de candidatos a cargos públicos. Si se recuerdan los argumentos que les llevaron a proponer una práctica no tan americana como piensa Alfonso Guerra, pero sí tan caída en desuso que ni siquiera los responsables de organización han aludido a ella, se comprobará lo lejos que las buenas intenciones han quedado, una vez más, de los hechos.

Vamos por partes. Aunque nunca se hayan convocado unas primarias para designar al candidato a la presidencia del Gobierno (por la sencilla razón de que jamás ha existido tal figura en el sistema político español), someter a votación de los afiliados la elección de candidatos a cargos representativos no es una novedad en el PSOE. En febrero de 1936, Julián Besteiro debió a la entonces llamada antevotación su inclusión en la candidatura a diputados por Madrid. Se enfrentó a la lista encabezada por Largo Caballero y perdió, pero, como las listas no eran cerradas ni bloqueadas, logró en segunda vuelta un puesto en la candidatura, lo que tampoco constituía ninguna anomalía, pues era habitual que no toda la lista del vencedor resultara elegida. Eso se llamaba democracia interna y así fue durante años sin que los americanos hayan tenido nada que ver en el asunto.

La cuestión consiste en saber si hoy se pueden recuperar esas sanas tradiciones democráticas sin romper la organización. Antes de responder con un desplante, convendría recordar que los buenos resultados atribuidos a la avasalladora "cultura de partido" - unidad, disciplina, obediencia, eficacia- se han visto contrarrestados por las "tendencias oligárquicas y prácticas clientelares que constituyen una grave distorsión de nuestra democracia interna", según reconocía el último Congreso del PSOE. Constataban también los socialistas que esas tendencias habían aislado a su partido de los ciudadanos hasta el punto de que muchas veces el

candidato con más apoyo de la organización era el más rechazado por los electores.

Para atajar tan lamentables desvíos, los socialistas aprobaron un "mecanismo de elecciones primarias" que debía garantizar "nuevas dinámicas democráticas" de la organización y una mayor "vinculación de los ciudadanos". De momento, el piadoso deseo de vincular a los ciudadanos queda para mejor ocasión, con el consiguiente alivio de los devotos de la cultura de partido. Pero es que, además, la argucia de convertir una elección en un plebiscito, puesta en práctica *in extremis* por Redondo y convertida en ley por Almunia, transforma el contenido de la convocatoria, pues coloca a los afiliados en la tesitura de ratificar o censurar la elección del secretario general, hasta ahora competencia exclusiva del congreso del partido.

Y así, quizá por esa veta libertaria que González evocaba en su discurso de despedida o tal vez porque su sucesor busca la legitimación de las bases frente a las reticencias de los barones, los socialistas han resucitado la asamblea de afiliados, como órgano superior al congreso, con atribuciones para revocar la elección de secretario general. Ellos sabrán lo que hacen al someter a la organización a un posible descabezamiento en el inicio de una campaña electoral y al ofrecer a algún candidato no oficial la baza de aglutinar una protesta orgánica. En todo caso, lo correcto es que, si se corre el albur de unas primarias, los candidatos compitan sin cartas marcadas y que, si resulta elegido el que ha tenido la osadía de presentarse sin pedir permiso a la dirección, el otro permanezca en su puesto, apoye sin titubeos al vencedor y deje para el siguiente congreso su posible renuncia. Pero amagar con primarias para luego sacar de la chistera la carta de la huida es una "distorsión" del procedimiento democrático, con el conocido resultado de fomentar "las tendencias oligárquicas y las prácticas clientelares, etcétera", que luego se lamenta *pro forma* en las resoluciones congresuales.

## *Va en serio*

Santos Juliá, El País, 05/04/1998

Cuando comenzaba el año, las cosas distaban mucho de plantearse como ahora. Joaquín Almunia seguía diciendo que no tocaba hablar de candidato a la presidencia y los barones del PSOE miraban con ojos golositos a Felipe González. Luego, a finales de enero, todo comenzó a precipitarse. El presidente de la Junta de Extremadura dijo en alta voz lo que otros rumiaban en silencio: "No descarto a González como candidato y pongo su nombre encima de la mesa". Almunia reaccionó: convocaría unas primarias, aunque nadie había pensado todavía que llegara a celebrarse una elección abierta y competitiva.

El último en pensarlo era el mismo Almunia. Secretario general del PSOE por designación de González, ratificada, como de costumbre, por un congreso, Almunia buscaba un respaldo suplementario para fundir de nuevo las dos figuras de máximo responsable del partido y de candidato a la presidencia del Gobierno que el agónico irse sin marcharse de su principal valedor había separado. No bastaba que ese respaldo procediera de la ejecutiva ni del comité federal, criaturas del mismo congreso. Lo necesitaba, o creía necesitarlo, de la base, de la militancia. Y aunque nada le obligaba a dar el paso de convocar unas primarias lo dio. Es una iniciativa que le honra.

Pero lo dio en el buen entendido de que sólo se presentaría un candidato, al que la comisión ejecutiva entregaría su apoyo total y sin fisuras. El mismo Almunia confesó que le habría gustado un solo candidato en las primarias vascas, o sea que le habría gustado que las primarias no fueran tales, sino un remedo de lo que ocurre en el ámbito cerrado del congreso: se presenta una candidatura y los delegados la votan. Eso es lo que pasa hoy en todos los partidos: elegir significa ratificar con una papeleta una decisión tomada previamente por el restringido círculo de los que mandan. La costumbre invitaba a convocar una elección según el modelo de referéndum.

Y aquí es donde irrumpe José Borrell, un candidato que no ha

sido invitado por nadie y que a nadie ha pedido la venia, pero que tiene posibilidades reales no ya de conseguir un buen resultado, sino de ganar. Las tiene, ante todo por él mismo, por sus dotes de polemista, la superior articulación de su discurso, la eficacia de su gestión y esa especie de socialismo premarxista, de ingeniería social, que tan bien conecta con la cultura política del afiliado medio; pero las tiene además porque, siendo hombre de partido y, miembro de dos ejecutivas, no lo es de aparato ni de clan y, en consecuencia, los afiliados no percibirían su eventual triunfo como un riesgo para la organización, que saben en manos de dirigentes honestos y experimentados.

Ahí radica quizá la razón del susto que este inesperado aguafiestas ha disparado en las altas esferas del PSOE. Si Borrell aparece más vivo políticamente, más vigoroso y resuelto, más atractivo para una militancia afásica y desmoralizada, y si no se presenta como competidor del secretario general en lo que tiene de responsable de la organización, sus posibilidades de ganar se multiplican. Un afiliado medio podría incluso pensar que con Borrell y Almunia tendría el tándem ideal para espantar de una buena vez los fantasmas del pasado: un dirigente sólido al frente del partido y un tipo con empuje político para la presidencia del Gobierno.

Y así se echaron a volar todas las expectativas hasta que el máximo dirigente orgánico avisó a los afiliados: ojo, amigos, nada de bromas; si no me elegís, me voy de la secretaría general. Con esa amenaza se presentó Nicolás Redondo Terreros a las primarias vascas y con ella amagó Almunia en las españolas. Luego, ha reconsiderado la situación y, tras afirmar que la ejecutiva tenía el derecho y la obligación de pronunciarse por un candidato, sigue rectificando en aras de su propia credibilidad. La última trinchera es que cada cual se pronuncie a título individual. Las cosas, pues, van en serio: habrá verdaderas elecciones internas. Es el primer tanto de Borrell haberlo conseguido.

## *¿Adónde va el partido socialista?*

Santos Juliá, El País, 03/05/1998

La inquietud que intermitentemente recorre las filas de los partidos socialistas acerca de su propio futuro se agudizó, desde la crisis de 1974, con la sensación de que había sonado el fin de la socialdemocracia. Abundaron por entonces los diagnósticos sobre un inevitable colapso, atribuido en parte a que muchas de sus propuestas se habían realizado, en parte a que tal realización había producido una sobrecarga del Estado, perjudicial para el eficaz funcionamiento del mercado. Ralf Dahrendorf, en papel de profeta más que de científico social, anunció "el fin del siglo socialdemócrata", mientras otros distinguidos politólogos llegaban a la conclusión de que las condiciones estructurales que permitieron la alianza de trabajadores y clases medias -más Estado de bienestar con una política anticíclica y de mantenimiento del empleo- habían saltado por los aires poniendo fin a la época dorada que se inició tras la Segunda Guerra Mundial.

Todo eso sonaba plausible y se sostenía en un dato empírico irrefutable. Por el Norte, los dos hermanos mayores de la socialdemocracia europea, el Labour y el SPD, habían sido desalojados del Gobierno y no tenían perspectivas razonables de volver. Antes o después, llegaría también el turno a los rezagados del Sur, que saboreaban tarde su edad de oro y que se mantenían en el poder gracias a su renuncia a los ensueños de construir la prometida tercera vía entre comunismo y capitalismo. Pero lo que en verdad demostraban los socialismos mediterráneos -y los escandinavos, siempre al abrigo de grandes mareas electorales- era que los apoyos sociales dependían más de las políticas que fueran capaces de desarrollar y de las alianzas que pudieran establecer que de causas estructurales. El destino de la socialdemocracia europea no estaba determinado por los cambios en la estructura de la sociedad ni por la insostenible sobrecarga del Estado, sino que lo escribían cada día los aciertos y los errores de sus diferentes partidos políticos.

En España, cuando el PSOE abandonó el Gobierno, tras un periodo en que la mezcla singular e irreplicable de políticas de

consolidación de la democracia, liberalización de mercados y crecimiento del Estado encontró un sustancial apoyo entre trabajadores y clases medias, la nueva dirección preparó los bártulos para emprender una larga travesía por el desierto, mientras los afiliados parecían dominados por un fatalismo sin perspectivas de futuro. Se daba por descontado que Almunia perdería las próximas elecciones y que el verdadero cambio en la dirección política del PSOE tendría lugar únicamente después de su derrota. Los socialistas languidecían en una paciente espera, mostrando una clamorosa incapacidad para formular una política de oposición susceptible de revitalizar pasados entusiasmos y resignados a la pérdida de apoyos entre los jóvenes y las clases medias urbanas.

Sólo por haber roto ese maleficio adelantando la derrota de Almunia y reduciendo su efecto a un asunto interno, la ejecutiva del PSOE debía reforzar sin reticencias el nuevo liderazgo surgido de las primarias y poner todos los medios al servicio de la expectativa abierta hace una semana: los socialistas pueden ganar las próximas elecciones generales. Nunca pareció fácil, pero ahora no es imposible; todo dependerá de cómo reconstruyan la dirección política de su partido y del rumbo que impriman a sus políticas de oposición. Y a este respecto, tan importante es la búsqueda del equilibrio de poder entre el candidato y la ejecutiva como las nuevas propuestas programáticas capaces de atraer la mirada de unas clases medias políticamente desmoralizadas en los últimos años de gobierno socialista, cuando sobre sus espaldas cayeron simultáneamente unos impuestos elevados, una alta tasa de paro y una lluvia de escándalos. Recompuesta la figura, suena la hora de que los socialistas, tras dos años de oposición sin tino, digan adónde quieren ir y vean quién está dispuesto a acompañarlos.



## *De Sevilla a Barcelona*

Santos Juliá, El País, 05/07/1998

¿Será pura casualidad que los aires de renovación del socialismo español vengan hoy de la parte de Cataluña? Imprevisibles como son, no es posible aventurar qué pasará con tanto efecto en elle - Borrell, Maragall-, pero una cosa es clara: el rictus de derrota, como de aceptación de un destino insoslayable, ha dejado paso a una expectativa de triunfo socialista en Barcelona y en Madrid, no en lo que tienen de municipios, sino en su calidad de capitales de la Generalitat y del Estado. En menos de dos años, dos dirigentes del PSC, que han avanzado por la vida sin demasiada urdimbre orgánica sosteniendo o atenazando sus pasos, podrían poner punto final a la coalición nacionalista y conservadora que nos gobierna desde 1996.

Lo notable del caso es que el sentido de la renovación partidaria que ambos propugnan -de manera más nítida y explícita, Maragall; más presa de las circunstancias, Borrell- va en dirección contraria a la protagonizada por González y Guerra hace un cuarto de siglo. En aquel momento, los sevillanos ocuparon el lugar que por tradición correspondía a Madrid. Pero Madrid era un campo de batalla con navajeros por todas las esquinas; su defección hizo recaer sobre los recién llegados de Sevilla la tarea de edificar un partido capaz de ganar elecciones en el clima de inseguridad e indeterminación propio del cambio de régimen político. El invento - un partido de baja afiliación, altamente centralizado, muy disciplinado, sin corrientes internas, con gran énfasis en valores familistas- fue de trascendencia histórica: en buena medida, la consolidación de la democracia se debe a la existencia de aquel PSOE que en el periodo 1978-1982 fue capaz de resistir entero mientras los demás a su alrededor, del PCE a la UCD, se caían a pedazos.

Ese modelo de partido creado desde Sevilla ha recibido ahora dos fuertes sacudidas de origen catalán. Además de sacar a la luz conflictos soterrados, las elecciones primarias han mostrado que el PSOE -pero lo mismo valdría para cualquier otro partido- tiene

como poco un tercio de afiliados menos de lo que cantan sus estadísticas oficiales. La relación entre sus afiliados y sus votantes, que ya era de las más bajas de Europa, ha quedado reducida a poco más de la mitad de lo que se suponía, alrededor de 1 por 45. La consecuencia ha sido inmediata y todos claman ahora por el derrumbe de barreras, la salida a la calle para buscar simpatizantes, inscribirlos en censos e incorporarlos a los más delicados procesos de toma de decisión. Atribuciones que hasta hace tres meses se consideraban exclusivas de las cúpulas dirigentes están a punto de saltar desde las bases a esa nueva instancia del impreciso perfil que llaman simpatizante. ¡Ah, si González levantara la cabeza!

Sin el estímulo de las primarias, esa misma ampliación de fronteras es la bandera enarbolada por Maragall cuando propugna "partidos más anchos, más confortables, más divertidos". Nadie sabe muy bien qué mercancía se ha traído de Roma este audaz empresario de la política, pero, sea la que fuere, quiere venderla a "la gente sin partido", sin importarle demasiado la ubicación de la "marca". La naturaleza de su nueva filosofía política está todavía por ver, pero un imaginativo y hasta el momento en exceso metafórico Maragall asegura que la empresa "será divertida". El capital no es sólo su figura, ni el espejo en que su figura se mira - Barcelona-, ni el partido cuyas siglas aún no sabe si servirán para empaquetar la oferta, sino un olivar que no conoce fronteras.

En cualquier caso, ni el PSOE como resultado de las primarias ni el PSC con su mano tendida a los 32 rumbos de la rosa de los vientos serán en adelante lo que fueron hasta ayer mismo. Y mientras los nuevos aires que soplan de Barcelona convierten a Sevilla en historia, qué viejo, qué gastado, qué zafio todo lo ocurrido en Madrid desde la noche de un pacto incomprensible hasta la irritada pataleta por una derrota inesperada. Madrid, otra vez ausente.

## *Dueño del secreto*

Santos Juliá, El País, 13/09/1998

El retorno de Felipe González a la dirección política efectiva del PSOE impone otra vez un juego de tercero excluido: o se acepta en bloque el pasado o se destruye por completo. Y como la destrucción del pasado es imposible porque nos sumergiría a todos en el silencio, no queda más remedio que aceptarlo en su totalidad. Las posiciones sincréticas, la posibilidad de que muchas cosas puedan ser verdad al mismo tiempo aunque aparentemente se contradigan, no caben en el nuevo curso político. González, como todos los que han ejercido el poder, sabe bien que la imagen del pasado es fuente de legitimidad: no hay futuro para quien tenga sobre su propio pasado una imagen de infamia. El partido socialista ha atravesado momentos de parálisis y desconcierto porque durante la última legislatura se hizo añicos la imagen que sus militantes llegaron a tener de su reciente historia. Eso se ha terminado: hay que pasar a la ofensiva y borrar esa imagen, suprimirla por completo. No hay lugar para tomar del pasado las zonas de luz y rechazar las de sombra; no valdría decir que realizaron una razonable gestión en Seguridad Social o en educación, en política militar y en exterior, pero que consintieron una rampante corrupción y que en Interior fueron nefastos. Nada de eso: o se toma todo o se está con el enemigo.

Es preciso, por tanto, negar como propio lo que en ese pasado es manifiestamente inicuo: ni Urralburu ni Roldán, dos "sinvergüenzas", pero tampoco Sancristóbal o Damborenea, dos "delatores", son pasado socialista. Pero sí es pasado socialista la lucha antiterrorista, el Ministerio del Interior y sus dos máximos responsables. Es más, Barrionuevo y Vera están en la cárcel porque son socialistas; si no lo fueran, no estarían en la cárcel. De ahí que los dirigentes del PSOE denuncien como persecución política el juicio al que han sido sometidos, califiquen como iniquidad la sentencia del Supremo e injurien a su presidente afirmando que "pone su cara" por el PP.

Quienes así hablan son políticos experimentados, capaces de controlar movimientos pasionales y de planificar racionalmente estrategias con arreglo a fines. La movilización contra el Supremo presentándolo como marioneta del Gobierno no es fruto de una obcecación transitoria ni de una exigencia de solidaridad. Lo que

pretende es devolver al militante la estima perdida y despertar el espíritu combativo de un partido excesivamente castigado y desmoralizado. Para conseguirlo no han encontrado mejor camino que reavivar los reflejos antisistema que dormitan en cada corazón de izquierda: la justicia está podrida y el Gobierno es inicuo. Es lo que llaman ir hasta el final: acusar a la justicia de ejecutar la política del Gobierno y cargar contra el Gobierno por haber roto, obsesionado con meter a un socialista en la cárcel, las reglas que deben regir las políticas antiterroristas.

De eso, de lo que fue la política antiterrorista, no se habla, porque si ellos hablaran... la de cosas que podrían decir. A la vez que reivindica el pasado entero, González se presenta como dueño de su secreto. El efecto en su propio partido de ese doble alarde de poder que consiste en asumir todo el pasado y mostrarse como único buceador de sus profundidades está garantizado: González vuelve a la ofensiva política y los militantes se rinden otra vez a su liderazgo.

Pero no está nada claro que un pasado del que todavía no se puede hablar sobriamente con el propósito de aclararlo sirva para algo más que para enardecer a los muy convencidos. Pues ese pasado, a no ser que se desvele su secreto, no se podrá esgrimir como fuente de legitimidad ante unos ciudadanos despojados ya de inocencia política. Tal es la contradicción en la que puede naufragar esta nueva estrategia de confrontación: que, una vez disipado el efecto de la emotiva despedida del inocente que paga por todos, las dudas y preguntas sobre lo realmente ocurrido en el Ministerio del Interior no se habrán despejado en absoluto.

## *Crisis en el PSOE*

Santos Juliá, El País, 22/11/1998

Una crisis de poder, circunscrita al ámbito de los dirigentes, sin razones ideológicas ni programáticas, que se ha manifestado como lucha descarnada entre dos sujetos y que recuerda a las típicas crisis madrileñas por las que ha atravesado en otras ocasiones este partido: eso es lo que un PSOE con las tripas al aire ha ofrecido a una ciudadanía, entre atónita y divertida, durante las últimas semanas. Su origen no son las primarias y ni siquiera la derrota en ellas del secretario general sino la obstinación del poder central del partido en no sacar las consecuencias políticas de aquella derrota. Para la comisión ejecutiva salida del 34º Congreso, el revés sufrido por su candidato sólo podía sustanciarse con una dimisión en bloque y la convocatoria de un congreso extraordinario, o como un mandato de las urnas para ponerse a disposición del elegido hasta que se convocara a su debido tiempo el congreso ordinario. Pero una cosa estaba clara: el resultado de las primarias implicaba el fin, inmediato o a plazo fijo, de esa ejecutiva y de su secretario general.

La ejecutiva no dimitió ni dio por perdida la guerra: siguió actuando como si lo que importara fuera conservar a toda costa las posiciones de poder que le otorgaban unos estatutos en los que no se contemplaba la nueva situación. A esta previsible reacción de una estructura consolidada de poder ante la aparición de un fuera de juego engorroso, el vencedor de las primarias respondió con una decisión finalmente perjudicial para su propia posición: no asentar el poder que le vino de las urnas allí donde el poder orgánico reside. No se trataba todavía de una cuestión de autoridad, que no se compra ni se vende, sino de poder, que, ése sí, se negocia, se pelea, se pierde, se gana. Y, una vez que se gana, se asienta donde radica, en un lugar físico, incluso en un sillón. De toda la vida, el primer gesto de quien conquista el poder es sentarse en el mismo lugar que antes ocupaba el perdedor.

El triunfador esta vez no lo hizo ni podía hacerlo. No se equivocó al no forzar la convocatoria de un congreso: si la hubiera forzado, lo habría perdido, por la sencilla razón de que las primarias no le proporcionaban poder orgánico en un partido que no tenía

prevista estatutariamente la figura del candidato. No se sentó, pues, en el sillón del perdedor; pero, y aquí es donde radica la clave del asunto, tampoco se abrió un espacio propio a su vera. Como la ejecutiva después de su derrota, él también se mantuvo como lo que era antes de su triunfo: la voz más escuchada y más aplaudida por las agrupaciones pero que habla desde el exterior de los centros de decisión del PSOE, hoy repartidos entre Ferraz y las baronías territoriales. Fiado a esa única arma, braceó para conquistar lo que las primarias por sí solas no podían darle: una voz en la dirección política del partido. Es un ejercicio agotador porque si multiplica el esfuerzo, y no modifica la relación de poder, no consigue más que incrementar la sensación de una exterioridad sin propósito; pues aunque oída y apreciada entre los afiliados al partido, su voz llega a la sociedad como una más de un desafinado concierto cacofónico.

En un partido con una sólida estructura dirigente, no cuesta nada a quienes se mantienen en el centro incrementar la sensación de fuera de juego de quienes bracean por el exterior, a no ser que éstos se organicen para un asalto final. Es lo que sucede en los congresos extraordinarios cuando una facción organizada intenta hacerse con todo el poder. Jugar a esa ruleta rusa, como lo definió Múgica, es lo que han evitado los barones a última hora. Un reparto de poder equilibrado y definitivo, dicen haber conseguido. Si esto es así, la crisis sólo acabará de cerrarse cuando la ejecutiva entienda que no se trata tanto de repartir poder como de compartirlo de acuerdo con la nueva realidad surgida de unas primarias que situaron a los perdedores en una posición políticamente subordinada al vencedor.